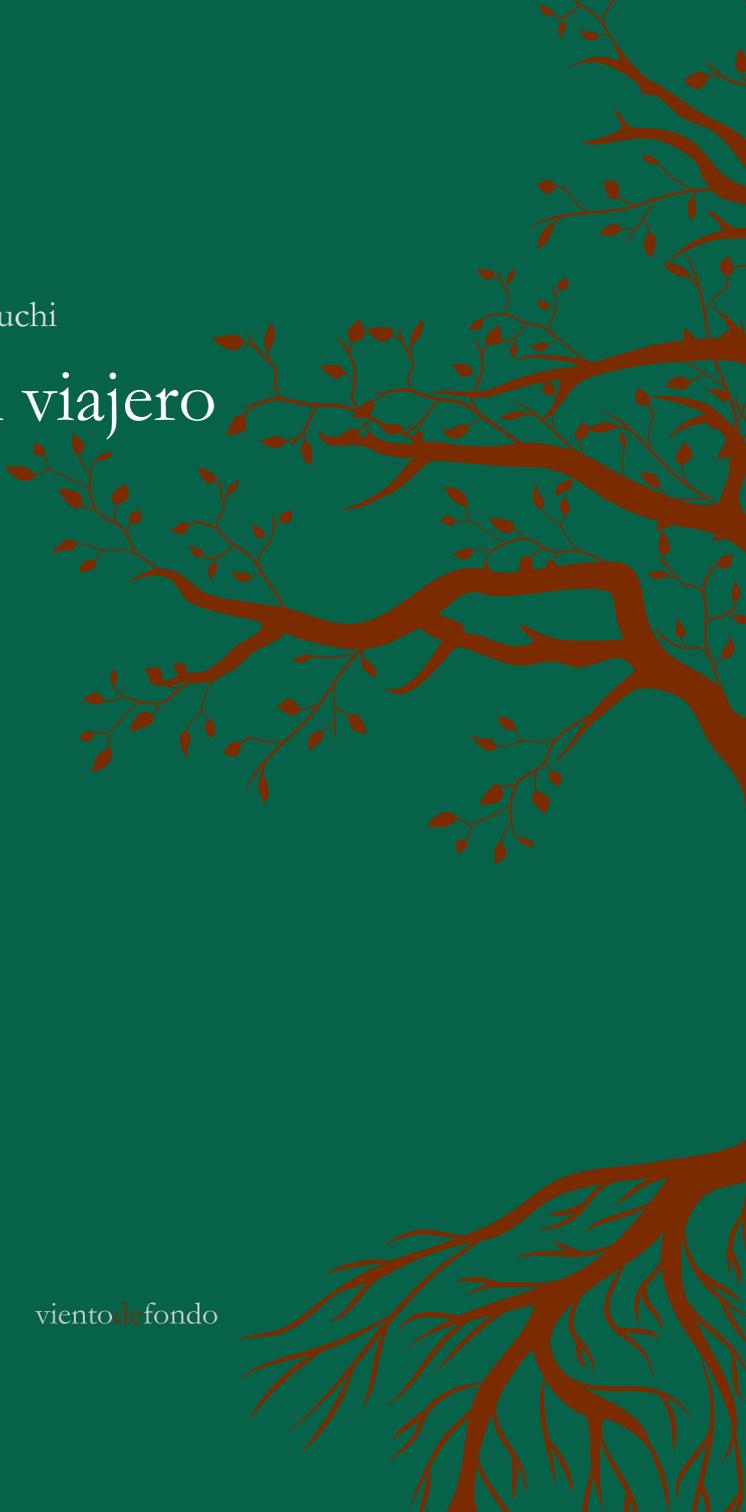


Susana Cabuchi

El viajero

viento de fondo



El viajero

Susana Cabuchi

vientodefondo

A Luz.

A Genaro.

A Ignacio y Agustina.

*... me dijo que cuando él se fuera se prolongaría en mí,
que seguiría viendo por mis ojos, tal como sucede cuando advierto
el cambio de color en el agua.*

Daniel Moyano

1

Detrás de las cortinas,
la luna.
Silban
dos pájaros nocturnos
y el silencio.
Han llamado a la puerta.

Dijeron:
tiene los ojos tristes,
se nota
que no ha comido
en días,
su ropa está manchada.

Trae el olor del jume,
dice la madre,
el olor de mi pueblo
cuando soplaban los vientos del sur.
Puede quedarse.

2

Como si fuera una paloma
voló Lucía
entre álamos y siempreverdes.
Mirábamos su vuelo
sobre la mano del viajero
al final del largo brazo oscuro
extendido hacia el amanecer.

El temor de la madre
había cerrado las ventanas,
la tos de la niña era más fuerte
y la casa era de humo,
de vapor y eucalipto.
Pero el viajero dijo
que el aire le haría bien.
Y lo aprobaba el padre.

Entonces, los dos meses de Lucía
iniciaron
el juego de los pájaros.
Seguíamos
el movimiento de su mantilla blanca
que cruzaba las azucenas,
el aljibe, los cardos,
y corríamos a su lado
gritando:

ahora Lucía estará bien,
el aire le hará bien,
el aire le hará bien.

3

Un día
las isocas
atacaron el trigo.
Los hombres,
bajo la sombra del aguaribay,
miraban a la abuela
esperando el milagro.
Ella, que nunca salía de la casa,
cruzó en silencio el patio.
Tratamos de seguirla
pero el viajero
nos retuvo suavemente del brazo.

La vimos, a lo lejos,
rodeada por la tarde
convocando la magia.

Volvió de noche,
con esa gravedad de los domingos.

A la mañana
habían desaparecido las temibles isocas
y navegaban sobre un aire dorado
miles de mariposas
amarillas y blancas.

4

Llovía
para que la hermana mayor
lavara sus cabellos.
Entonces
danzaba por el patio
persiguiendo la lluvia,
sostenía su balde
bajo el hilo más grueso
y el agua
cantaba sobre el agua.
El viajero
colocaba pequeñas vasijas
en los desagües
y ayudaba
poniéndolas al fuego.
Océanos misteriosos
los baldes de la hermana:
nos quedábamos
mirando,
entre las astillas del fondo,
distancias infinitas.
Y todos
nos sentíamos orgullosos
después,
cuando con la mano

abría
sus oscuros cabellos
y brillaban.

5

Sobre la cama de los padres
siempre estaba el verano.
En los días de frío,
cuando los vidrios se empañaban,
el cubrecama
nos ofrecía
ramos de siemprevivas,
cuatro fruteras llenas de sabores
y un niño desnudo
con racimos de uvas
en las manos.
Solíamos recostarnos
y repasar con los dedos sus bordados:
suaves colinas de hilo
nos guiaban
hacia un tiempo más cálido
de atardeceres en la huerta.
El viajero
desde el umbral
nos miraba
recordando
tal vez
otros viajes,
algún querido
lejano cubrecama.

6

El día de lavado
era día de fiesta.
Madre y Abuela
bajaban las cortinas,
desnudaban las camas
y el jabón
invadía la casa.
Nosotros,
sobre parvas de ropa,
acariciábamos la espuma
y hacíamos pompas
soplando entre los dedos.
Después
cuando las sábanas
colgaban de los alambres
corríamos
bajo las gotas
que caían
y jugábamos
al toro y al torero
chocando las cabezas
en las telas mojadas.
El viajero
se sentaba bajo la higuera
y desde allí reía.
Su fiesta
era mirarnos.

7

Sobre el aparador
estaba la bandeja del pescado.
Era un enorme pez
distinto a los del río,
a los del arroyo.
De mar,
dijo el viajero.
El mar, tan lejano...
Nunca habíamos hablado de él
y ahora lo nombraba
con esos ojos de tristezas,
como quien nombra lo imposible.
Para nosotros
el viajero y el mar
se parecían.

8

Por las mañanas
la casa era
aquella madre
de ágiles movimientos,
el ruido de las tazas
y el olor del café.
El viajero prefería
beberlo
sentado sobre un grueso leño
detrás del aljibe.
Pero los días de lluvia
aceptaba
entrar en la cocina
y compartir la mesa.
No hablaba.
Nosotros
no hacíamos otra cosa
que escuchar su silencio.

9

Cuando había tormenta
se tapaban los espejos.
No entendíamos por qué.
La madre

temerosa
los ocultaba con lienzos,
con manteles.

Un mediodía
el viajero nos dijo
que cortaría los vientos
y la lluvia.

Tomó un puñado de sal gruesa
y salió a la intemperie.

Con la mano derecha
hizo una cruz de sal
en el aire.

Todos estábamos quietos,
esperando.

Y fue silencio.

Y creo
que pasó la tormenta.

10

El viajero
dice
que un gran artista
pintó una silla de paja
igual
a la que usa mi padre
cuando mira la noche.
Una simple

—repite—

útil,
inolvidable silla.
Y cada vez que la ve
levanta el arco de las cejas
y sonríe una sonrisa
que no entendemos.
Que no entenderíamos nunca.

11

El viejo Duque
ha seguido inmediatamente
al viajero.
Cuando lee, a las siestas,
sobre los troncos grandes
de la leñera,
Duque apoya su cabeza
sobre los gastados zapatos del hombre.
Desde que llegó
nuestro perro lo ha elegido.
Por el olor a jume, quizás,
como la madre.

12

Todas las noches
llega el anciano tío de mi padre,
que ya casi no ve,
y la madre lee para él
los grandes tomos
de *Las mil y una noches*.

*Estos libros
no son para niños. A la cama.*

Detrás de la puerta,
casi sin respirar,
nos quedamos oyendo
la voz de nuestra madre que repite
las aventuras y desventuras
de mercaderes,
navegantes,
esclavas
y hechiceras,
contadas a un rey por otra mujer.
El viajero, sin querer, nos descubre.
Intentamos huir
pero él hace una seña
con su dedo en los labios
y se arrodilla
entre nosotros

para escuchar
las palabras que llegan
del otro lado
de la puerta grande.

13

Hace frío.
Un triángulo de luz blanca
de luna
se acomoda sobre el piso de la galería.
En la cocina
el viajero prepara
comida de un lejano país
nos enseña palabras en otro idioma
y nos habla de música.
Agustina sube a un banco de pino
y muy suavemente
le saca de la cabeza
una mariposa
pequeña,
casi dorada.

14

El viajero
ayuda a la madre
en la cocina
y al padre
en la carpintería.
Cuando los dos trabajan la madera
hablan de ir a pescar
el próximo verano.
Y aunque todos creemos
que para aquellas fechas
nuestro amigo se irá,
es una alegría ver al padre
reír
y gesticular
mostrando
cómo serán de grandes
los peces
que traerán para la cena.

15

Vamos hasta el valle
donde están los guindales.
Por cada cajón
en el almacén nos darán monedas y golosinas.
Desde las ramas de los árboles,
con el fuerte sol en las cabezas,
vemos la figura del viajero
que contempla en silencio
la casa y las colinas.
Lentamente
saca de su bolsillo
una pequeña flauta de caña
y despierta la música.
Nos quedaríamos así para siempre.
Cuando terminamos
los cajones rebosan
de guindas rojas y brillantes.
¡Dará tanta pena venderlas!

16

La madre
nos llevó a visitar
la niña enferma.
Ella tenía
dentro de un gran libro marrón
papeles de chocolate.
Abría lentamente
una a una
las hojas
y aparecían
flores doradas
pájaros de plata
frutas
arcoíris que resplandecían.
En su silla de hierro
con una mano pálida
y un lápiz azul
alisaba
envolturas de bombones
y caramelos
tan suaves,
que al tocarlos
hacían un sonido brevísimo
como un ala de mariposa
al quebrarse.

De regreso
persequimos luciérnagas
hasta la medianoche,
pero recordábamos,
con envidia,
los papeles brillantes de la niña.

17

Al ingresar a una sala
que no usamos,
el viajero descubrió
el viejo piano.
Apenas rozó algunas teclas
y salió
apresuradamente de la casa.
Se dirigió
hacia las colinas
como si tuviera que hacer
algo muy importante
pero creemos
que se alejaba
para que no lo viéramos llorar.

18

La madre
no nos dejaba ir solos
a la sierra más alta
y allí estaba la loma
retándonos a descubrir
escondites de víboras,
de espinas. Y la cumbre,
casi siempre celeste.
Una mañana el viajero
se decidió a llevarnos.
Jugamos a los exploradores
y teníamos miedo.
Al llegar a la cima
me subió sobre su espalda,
apoyé la cabeza en su hombro
y vi el campo
a través de su barba
lejano y azul
como un mar.

19

El viajero
nos acompaña
al pueblo
a comprar alimentos.
Al regresar
a lomo de caballo
vemos,
desde la sierra,
la casa
junto a los árboles
florecidos de manzanas y guindas,
su rojo techo de tejas.
Todo parece
un dibujo
del libro de Agustina.
El viajero nos sonrío
dulcemente
hasta que se distrae
mirando
una lagartija
que aparece y desaparece
entre las piedras.

20

Vamos
hasta la acequia.
El calor es rojo como las dalias.
Obedientes
llenamos los baldes con agua
y después
libres
jugamos y nadamos.
El viajero, entretanto,
con las ramas del sauce
teje
coronas de hojas verdes
para nuestras cabezas.

21

Cuando dejaba de llover
buscábamos charquitos.
Ahí estaban
repetidos
el cielo, los árboles,
algún pájaro en vuelo,
nuestros rostros.
El viajero nos contó
una historia de agua
y con ternura dijo:
cuando sean grandes
no dejen
de buscar espejos
al final de la lluvia.

Obedecemos. Aún hoy
obedecemos.

Pedro, el boyerito
con el que juntábamos
moras a la siesta,
creció de golpe
y fuma.

Una tarde
nos contó
que a los Reyes Magos
les había pedido
cigarrillos.

Para nuestro asombro
el viajero, conmovido,
abrazó al muchacho
y le ofreció
su moneda de plata
y aquel nido
–un enrejado de musgo y tallos
de uvas del campo y frutillas silvestres–
que había fabricado
para albergar helechos.

23

Una tarde le mostré al viajero
mi cuaderno de versos.
Algunas líneas,
imágenes sencillas sobre la primavera,
mi perro, los muertos, el río,
y poemas copiados de diarios del domingo.
Sonrió y me acarició la cabeza.

Niña –dijo– has nacido herida.

A cada golpe de la vida,
a cada palabra que escribo,
a cada dolor que resisto,
lo recuerdo.

Los padres solían caminar en los atardeceres
alrededor de la casa. Hacia el río,
hasta los manzanos.
Una vez, mirándolos, el viajero nos dijo:
¿De qué hablarán?
De qué hablarán, pensamos.
Y supimos que nuestros padres
eran también un hombre y una mujer
sosteniendo
nuestras vidas
y el mundo.

25

El viajero
se ha ido.
Sabíamos que se iría,
hasta esperábamos que lo hiciera
porque para nosotros
más que un hombre
era un viaje.
Ha dejado flores
sobre la mesa de todos
y la cadena
con su amuleto de madera oscura,
colgada
en el respaldo de mi cama.

Cabuchi, Susana
El viajero/Susana Cabuchi. - 1a ed. -
Córdoba: Viento de Fondo, 2018.
60 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-29042-6-5

1. Poesía Argentina Contemporánea. I.
Título.
CDD A861

Viento de Fondo, 2018
Susana Cabuchi, 2018
Diseño editorial y portada: Lorena Díaz
www.vientodefondo.com
vientodefondo@gmail.com

Córdoba, Argentina, primavera de 2018

Ya en *Patio solo* (1986) hay un poema sobre el viajero, el que trae noticias del hermano, el que habla del hambre en las ciudades, el que come sin alegría la fruta más dulce del ciruelo. Esa mirada sobre el diario acontecer, sobre los pequeños asuntos del vivir, esa mirada —transparente, algo *naïve*— donde la poesía obtiene su fuerza hablando del dolor a través de episodios de vaporosa felicidad, está otra vez con nosotros. En su despojo y en su candor encontramos, aquí como en sus libros anteriores, ecos de los prístinos versos de Dickinson y de los conmovedores relatos de Lee Masters. Con un despojamiento que es su marca, Cabuchi regresa a la infancia, a la naturaleza como maestra de vida, a la capacidad de mantener presente el pasado, a los modos de tramitar el dolor. Vuelven los patios, los frutos, el agua, los abuelos, los que se quedan a custodiar la casa y los que llegan desde el ancho mundo a descubrir con pasmoso asombro lo que han perdido. Destierro y permanencia acunados bajo esa música tan suya, inconfundible, que corre delicada pero persistente en la memoria. Escenas por demás sencillas capturan la complejidad de la experiencia en una melancolía que va —pero sin énfasis— hacia un pozo oscuro a través de la luz y de la dicha. Como el viajero de *Teorema*, la novela de Pasolini, el visitante que atraviesa los poemas de Susana Cabuchi es una mirada que da a ver, una mirada que pronuncia el llamado, trae el olor del jume, ayuda a la abuela a proteger el trigo, nombra el mar que en la casa nadie conoce, corta los vientos con su puñado de sal, habla de tierras lejanas, trae al oído otras lenguas, saca de su bolsillo una flauta y despierta la música. Los perros lo eligen, aprenden de él los niños, aprueba el padre a este viajero que le deja a su hacedora una revelación: la fuente de donde nacen sus versos, éstos que acabamos de leer. *Una tarde le mostré al viajero/ mi cuaderno de versos./ Algunas líneas,/ imágenes sencillas sobre la primavera,/ mi perro, los muertos, el río,/ y poemas copiados de diarios del domingo./ Sonrió y me acarició la cabeza./ Niña —dijo— has nacido berida.*

María Teresa Andruetto.